

35 años en Marcha

Historiar los 35 años de *Marcha*, desde 1939 a 1974, en atención a su contenido literario y cultural, así como desde 1919 el proemio concebido y vivido por Carlos Quijano con *El Nacional*, *Ariel* y *Acción*, fue tarea impropia que Pablo Rocca concibió y cumplió con una disposición y una capacidad ejemplares. El profuso material disponible, siendo consecuencia y más bien emanación del propósito fundamental de Quijano de radical renovación política y social, exigía una acendrada atención, no limitada ciertamente por criterios puramente estéticos, sino abierta esencialmente a una tarea de aleccionamiento popular tan fervorosa y lúcida como concebida. Y por cierto que *Marcha* se fue convirtiendo en un centro primordial de irradiación, sin paralelo, a esa altura, en todo el continente.

Pablo Rocca emprendió a entera conciencia una tarea que sabía compleja y de considerable responsabilidad. El tema implica en efecto una tentativa sin precedentes, abordando manifestaciones individuales de habitantes de "torres" y de azoteas dilectas, o sencillamente, ante la inopia generalizada, el relegamiento de quienes se veían obligados a vivir y a escribir reclusos, aunque con espíritu abierto, en escritorios incomunicados, tal el caso singular de Vaz Ferreira, así como el de Rodó, quien había llegado a decir que publicar un libro era lo mismo que arrojarlo al fondo de un aljibe. Una bohemia forzosa no provocaba entonces sino escándalos de corto alcance, y un romanticismo extemporáneo condujo en 1925 a la palaciega consagración de una Juana de Ibarbourou en un margen insólitamente destacado de la circunstancia nacional. En aquella arbitraria "Suiza de América", desbaratada cuando Terra en 1933, el presentimiento quijanista de un Frente Popular estaba destinado a originar nucleaciones premonitorias. En *Acción* empezaron así a cohesionarse diversas tendencias, en los primeros años aún sin imprenta propia, con un Onetti que siendo ya claramente Onetti, fue su primer secretario

de redacción hasta que decidió trasladarse en 1941 a Buenos Aires. Y fue así que después de una fugaz e intrascendente asunción de Trelles como director cultural, así como la de Dionisio Trillo Pays, por 1942, en 1944 empezó su gestión Emir Rodríguez Monegal, quien habría de constituirse durante doce años en una figura de tan notable como inesperado relieve.

A la actuación de Rodríguez Monegal dedica Rocca más de cien páginas, proporcionándonos una versión inobjetablemente fiel. Superadas algunas indecisiones iniciales, llegó pronto a ser todo lo que era, incluyendo las falencias que, radicadas en sentimientos improcedentes, trababan sus vastos reconocimientos conceptuales. Superada no obstante una iniciación poco definida, su intervención fue adquiriendo una apreciable gravitación, llegando así a ser un crítico de considerable repercusión en un medio muy poco predispuesto aún. Constituyó de ese modo una experiencia singular, pero de un alcance plural, despertando expectativas sostenidas en un circuito creciente de lectores, novedad considerable en un país donde cada uno se conformaba hasta entonces con ser cómodamente cada uno.

Esa influencia positiva de Rodríguez Monegal padeció inconvenientes considerables: su indeclinable adhesión a la literatura de Borges, entonces muy poco conocido, y en general a la producción extranjera preponderante en esos años, y su desatención, casi siempre ofensiva, ante toda personalidad que no coincidiera con sus preferencias. Contrastaba esa intolerancia con el equilibrio que en esos años demostrara Alberto Zum Felde en sus trabajos publicados en *El Día* y *El Ideal*. Y tal vez no fue otra la causa de las vacaciones que más de una vez tuvo que imponerle Quijano. La rigidez de Rodríguez Monegal provenía de su excesiva magnificación de la literatura como expresión eminente de por sí. Era como si, para estudiar y entender, valga un ejemplo, la razón y el origen de los avatares meteorológicos, tem-



pestades y lluvias, se pusiera la principal atención en las maneras con que las hojas despedradas de los árboles se combinan entre sí en la pedestre realidad de las veredas. La escritura, claro está, tiene virtudes de significación innegables, pero las tiene cuando son digna derivación de realidades personales y sociales que están muy por encima de esas meras cualidades de factura. Como dijera Angel Rama y reproduce Rocca, es "como si el escritor puramente estilista trabajara sobre un cadáver y no sobre un cuerpo vivo". Y Rodríguez Monegal tendía a convertir la literatura en un reducto de especialistas absortos en algún saber específico, ajeno a alguna necesaria irradiación que lo justificara.

En la época siguiente, desde 1960 al 68, con Angel Rama como jefe de sección, se corrigió esa especialización restrictiva. En esta obra se ilustra muy explícitamente esa gestión restauradora, la que aparece ilustrada con múltiples ejemplos y referencias, caracterizando con atención ejemplar cada circunstancia, encuentros, desencuentros y reproches mutuos, destacándose la sosegada firmeza de Rama, con ésa su muy particular sabiduría que nunca necesitaba subrayar con decisiones y dictiones extremados. Escritos

reproducidos en esta obra lo revelan con total nitidez. Ausente del país durante prolongados períodos, desarrolló proficua actividad en España y Venezuela, prácticamente expulsado de Colombia y de Estados Unidos; su trágica muerte clausuró una ausencia que siguió siendo, en verdad, una cordial presencia. Dirigió entre tantos proyectos la revista venezolana *Escritura*, donde compartiera mi predilección por Felisberto Hernández, quien había sido tan destrutado por Rodríguez Monegal. Fue evidente que, con Rama, el espíritu de *Marcha* adquirió su más preclara e inobjetable irradiación. En un extenso artículo que reproduce Rocca, tal virtud resplandece en efecto propugnando una "creación estética que promueva el desarrollo histórico de la sociedad", descalificando para ello la pretensión de "críticas estilísticas" abrumadoras, de una "ciencia rigurosa trabajando sobre un cadáver", literatura yacente descartable a la par de la crítica impresionista de románticos póstumos ateniados a una exultante subjetividad. El autor recorre muy documentadamente la gestión de Rama en esos años. Siguiéron a su partida las apreciables gestiones de Rufinelli, y Raviolo. Poco después, a raíz del conabido cuento de Marra, fueron encarcelados Quijano, Julio Castro, Alfaro y otros "cómplices", y pasó lo que pasó, un "final" que en cierto modo no fue otra cosa que el previsible recomienzo de una empresa cultural tan atentatoriamente interrumpida.

Extraordinaria y muy ajustadamente reveladora es en resumen la versión que nos proporciona Pablo Rocca. Contribuye a fortificar todo propósito cultural, desatendiendo los avatares rebuscados del quehacer literario, para situarnos más cumplidamente en este aquí y este ahora tan propensos a desvíos y extravíos, actualizando un siempre que hondamente es inconcebible se deje pasar inadvertido como preocupación indeclinable y no andando sobre residuos, sino, como en esta obra, entre simientes regeneradoras.

Washington Lockhart

*35 años de *Marcha*, de Pablo Rocca, División Cultura de la IMM, Primer Premio en el concurso "El Ensayo Literario", Montevideo, 1992, 276 páginas.